

llos toros míticos que pastaban en las marismas del Guadalquivir— hasta llegar a su rotundo fracaso como tal, en 1926, que sin duda lo llevó a dedicarse por completo a la literatura. La segunda parte está dedicada a la poesía, que comprende cuatro breves y excelentes estudios (*Andalucía la baja*, *La toriada*, *Romances de 800*, “Poesía póstuma”). También hay que mencionar la muy amplia y ordenada bibliografía, donde aparecen desde los más viejos textos dedicados a la poesía de Villalón hasta los más recientes, desde reseñas hasta traducciones (incluso hay una sección discográfica).

La pica y la pluma ofrece una excelente selección de los mejores poemas de Villalón, que nos llevan de la mano entre olivares y marismas, entre ventanas de novias y recuerdos de infancia, entre la estampa majestuosa del toro y el perfil del caballo reflejados en el espejo del agua, entre cantes flamencos de lápiz invisible y dibujos aljamiados... En *La pica y la pluma*, en fin, tiembla el duende oscuro del que hablaba Lorca, un duende que baila por el borde que separa delirio y realidad.

JUAN VADILLO

Universidad Nacional Autónoma de México

CÉSAR ANDRÉS NÚÑEZ, *Una patria allá lejos, en el pasado. Memoria e imaginación en las “Historias e invenciones de Félix Muriel” de Rafael Dieste*. El Colegio de México, México, 2011; 547 pp. (*Serie Estudios de Lingüística y Literatura*, 56).

Juan Gil Albert evoca, en las páginas de “Memorabilia (1934-1939)” (*Memorabilia*, 1975), una anécdota tan conmovedora como tragicómica ocurrida durante el internamiento de diecinueve días que él y otros compañeros del grupo *Hora de España* sufrieron en el campo de concentración francés de Saint Cyprien. En ella, en medio de la lluvia y el frío concentracionarios con los que este grupo inicia su doliente experiencia en el exilio, Rafael Dieste acaba siendo definido, tras una de sus acciones cargadas de esa dignidad y humanismo fraternal que lo caracterizaron, como un “raro”. En efecto, Rafael Dieste es una auténtica *rara avis* en el sistema cultural de la literatura española y gallega, un escritor exquisito, creador de un universo fascinante que ha logrado atesorar a lo largo de los años, de modo tan pausado y minoritario como incesante, un creciente número de fieles lectores. No obstante, salvo las consabidas excepciones, Dieste no ha sido acreedor de la atención crítica que merece, e incluso algunas de sus obras carecen al día de hoy de una edición crítica rigurosa, como es el caso de *Historias e invenciones de Félix Muriel* en que se centra el presente trabajo.

Una patria allá lejos, en el pasado. Memoria e imaginación en las “Historias e invenciones de Félix Muriel” de Rafael Dieste constituye, en este senti-

do, la más valiosa aproximación hasta la fecha a este universo peculiar e inclasificable del escritor nacido en la localidad coruñesa de Rianxo. Cabe afirmar de entrada que, a pesar de su subtítulo, el presente estudio de César Andrés Núñez ofrece mucho más que el análisis de este fascinante texto que Dieste publicó en la editorial Nova de Buenos Aires en 1943 y que buena parte de la crítica ha considerado su obra maestra. En realidad, estamos ante una evaluación global del universo diesteano preñada de posibilidades y herramientas críticas con las que seguir leyendo y analizando el conjunto de la obra del escritor gallego. Y en este sentido, sería una excelente noticia saber que la sensibilidad lectora y la agudeza crítica desplegada por Núñez sobre este libro de Dieste tendrán continuidad en futuros estudios sobre otras de sus creaciones.

Núñez ha trazado como objetivo la comprensión de la deslumbrante complejidad de un libro “que a menudo produce la sensación de inaprensible” (p. ii). Para alcanzar dicho objetivo, se ha propuesto analizar “las formas, rasgos y modos del recuerdo” partiendo del hecho que todo recuerdo supone la elaboración de un relato y, al tiempo, de una memoria que, precisa, es una “memoria ‘apócrifa’ –pero no falsa. Una memoria que no se necesita autobiográfica, que toma forma a partir de la imaginación narrativa” (p. 19) y que se manifiesta como una “tensión” entre su dimensión personal y colectiva (p. 41). Cada uno de estos aspectos se circunscribe a las dificultades con que, como Dieste admite, la guerra o el exilio someten a su escritura. Late al fondo, pues, una problemática de la representación de la experiencia y de las limitaciones del conocimiento que pautan el conjunto de las creaciones del escritor gallego.

Estructurado en cinco capítulos, el primero aborda las relaciones entre “Félix Muriel y el exilio de Rafael Dieste”. Núñez remarca que las traslaciones de la experiencia exílica en la obra de Dieste recurren a estrategias elusivas y difíciles de caracterizar mediante generalizaciones, empezando por las imprecisiones espaciales de sus relatos que, al mismo tiempo, confluyen en una dependencia consciente y buscada de las raíces gallegas del autor y que generan así, al evidenciar ese vacío, el alcance de circunstancias como la Guerra Civil o su galleguismo –este último derivado hacia la “idea de un tiempo sin historia”, un “tiempo de los antiguos” y, no obstante, “cargado de peso político, utópico” que se reconfigurará luego durante su exilio (pp. 86-87). El repaso de las recreaciones de Dieste a partir de sus juegos con seudónimos y personajes más o menos álgos suyos da paso a la presentación de “un ser melancólico y amable que conocí junto a una estatua en un parque de París” de nombre Félix Muriel. Nacido como personaje en el “ensayo” “Galería de espejos fieles”, publicado en junio de 1935 en la revista *P.A.N.*, su “amabilidad consistía en mostrar flores cuando tenía llagas” (p. 96). Se inicia así la fascinante construcción

de este personaje memorable que acompaña a Dieste por la galería de espejos de su mundo literario. En este punto, Núñez apunta las bases que organizan la peculiar reflexión sobre la memoria de Dieste y los determinantes en la escritura de *Historias e invenciones de Félix Muriel*, como las *Confesiones* de san Agustín o la María Zambrano de *Filosofía y poesía*. Un Félix Muriel que crece en importancia durante la Guerra Civil en textos que incrementan progresivamente su contenido político, pero modulando inflexiones que ayudarán a entender la forma definitiva del personaje tras la contienda.

En el segundo capítulo, “Ni tratados ni confidencias: historias e invenciones”, el autor describe el conjunto de la narrativa de Dieste en el exilio, pone especial énfasis en las variantes significativas deducibles de la consulta de los diferentes manuscritos y versiones que acompañan la génesis de *Historias e invenciones de Félix Muriel*, analiza los juegos y estructuras narrativas del texto —destacando la peculiar relación del autor con los personajes aparecidos en sus textos y sobre la que Dieste reflexionó ampliamente como parte de su propuesta literaria—, y determina las particularidades que se verifican entre el recuerdo personal y la memoria colectiva. De este modo, estamos en condiciones de comprender en sus justos términos el tratamiento complejo que se da del pasado, del recuerdo y la temporalidad, que culmina en un sistema de indagaciones que Núñez pone en relación con un texto publicado en *De mar a mar* en 1942, “De cómo vino al mundo Félix Muriel”, no incluido en la versión final de *Historias e invenciones de Félix Muriel*, pero en el que anticipa la serie de rupturas que definirán el cierre de este libro.

Por su parte, en el capítulo “Escrituras y reescrituras”, se tratan las especificidades del pensamiento estético de Dieste en *Historias e invenciones de Félix Muriel* y en otros momentos de su trayectoria, sus opiniones y praxis acerca de la noción de realidad y los modos de representación literarios y que el escritor gallego despliega a partir de elementos y situaciones simbólicas y metafóricas (como el espejo o capítulos del estilo “A la luz de un quinqué”), pruebas de su preocupación por dar con una estética que “parece buscar una salida a la disyuntiva entre vanguardia y realismo” (p. 245). En este conjunto de reflexiones se inserta una peculiar manera de entender la tradición española en la que participan modelos como los de Valle-Inclán, con quien muestra reparos semejantes a otros componentes del grupo *Hora de España* como Ramón Gaya, y se pone de relieve la importancia de las reflexiones pictóricas de Dieste en la constitución de un pensamiento y creación literarios que esbozan una particular concreción de la melancolía: la de un “mundo perdido” que “no es tanto una nación sino una infancia” (p. 269). Así lo demuestra la importancia de esa casa paterna articulada mediante un procedimiento especular en el que elementos como los pasillos sirven para construir una densidad simbólica temporal tan aparentemente sencilla como compleja, y en

el que el conjunto de la producción diesteana se revela como un sistema de vasos comunicantes, de escrituras y reescrituras, de voces que se multiplican en su búsqueda de una definición identitaria que despliega un caudal de lecturas y referentes entre los que destacan nombres como Unamuno, Tolstoi o Valle-Inclán, además de un particularísimo uso de referentes míticos e históricos.

Walter Benjamin es convocado frecuentemente en estas páginas, un auténtico acierto pues es un enfoque crítico especialmente pertinente para un proyecto como el de Dieste. Al igual que sucede con la obra de otros compañeros del grupo *Hora de España*, como Antonio Sánchez Barbudo, Arturo Serrano Plaja o Lorenzo Varela, Benjamin posibilita un análisis iluminador sobre aspectos esenciales de la comprensión que acerca de la literatura, la historia, la tradición, la ética o la política fueron organizando este grupo de escritores como parte de su educación sentimental. Léanse, por ejemplo, los ensayos “El surrealismo. La última instantánea de la inteligencia europea” (1929) o “Sobre la situación social que el escritor francés ocupa actualmente” (1934), y se comprobará el alcance en estos autores de los diagnósticos benjaminianos sobre la comprensión del ejercicio intelectual y la libertad de una praxis artística que se verifica inevitablemente como suceso histórico. En este sentido, las páginas que Núñez dedica a las reflexiones políticas e históricas que amagan la obra de Dieste me parecen de una profundidad y lucidez tan necesarias como tradicionalmente ignoradas en el corpus crítico sobre este autor.

En el capítulo 4, “La memoria, la historia y la política”, se articula el tránsito de signos y metáforas susceptibles de ser interpretados como el entramado de una reflexión identitaria que, orientada hacia una necesidad del “exterior”, rompe con la tentación solipsista del sujeto(s) de *Historias e invenciones de Félix Muriel* y deriva tanto en un interés por los procesos creativos de la propia escritura como en una comunión fraternal, y responsable, con el otro(s); comunión de estirpe machadiana y, acaso, también malrauxiana. Un recorrido en el que no se olvida la riqueza intertextual de *Historias e invenciones de Félix Muriel*: Machado, Valle-Inclán, textos medievales, leyendas o incluso las ilustraciones de Luis Seoane a estas historias e invenciones. Núñez dilucida las conexiones entre la presencia esencial de lo medieval y sus trasposiciones lingüísticas y políticas agudizadas desde la situación de Dieste como exiliado, con especial incidencia de los elementos míticos y legendarios que construyen una densa superposición espacio-temporal. Destacan en este punto las ideas y prácticas acerca de las distintas posibilidades del conocimiento humano del Dieste de los años republicanos y, muy especialmente, las búsquedas identitarias de un personaje como Muriel que asume que “el origen es un espacio” (p. 459) y con ello remite, una y otra vez, a la topografía de la Galicia natal de Dieste y a todas y cada una de sus implicaciones sociales e

históricas, el marco de esta sublimación autobiográfica que, en gran medida, constituye *Historias e invenciones de Félix Muriel*. De este modo, se concluye que esta genealogía particular queda organizada en un mundo en el que irrumpe la política “para clausurarlo, para empañar de historia un lugar sin tiempo. El ingreso de la historia, de modo aparentemente contradictorio, veda la posibilidad de continuar la narración” (p. 468).

En el capítulo 5 y último, “Un final para seguir en la historia”, se desvelan los porqués de esta contradicción aparente. Núñez lee el final de *Historias e invenciones de Félix Muriel* como un doble movimiento. Por un lado, posibilita la clausura de un mundo idílico que se puede visitar e indagar de manera potencialmente infinita. Por otro, como un gesto “honesto” que narra “la toma de conciencia de su ingreso en la historia” (p. 470). Frente a la capacidad destructiva de la historia (y también de la sexualidad, aspecto que, aunque apuntado, acaso hubiera merecido un poco más de desarrollo), se alza el conjuro del retorno a la infancia. Una actitud, por cierto, muy presente también a partir del ejemplo de Baudelaire en Lorenzo Varela, íntimo amigo de Dieste y cuya obra, como enjuició oportunamente Dieste, responde menos taxativamente a los tópicos que cabría esperar de un intelectual tan politizado como él. Es en este instante cuando cobran todo su sentido las fructíferas concomitancias que se desglosan al inicio de su ensayo entre el proyecto diesteano y las reflexiones de Giorgio Agamben acerca de la infancia, la historia y la destrucción de la experiencia en la modernidad. César Andrés Núñez evita caer en lecturas maximalistas tan frecuentes en muchos estudios acerca del exilio republicano y traza con rigor el verdadero alcance político de la propuesta de Dieste: “más que cifrar en la política de la Restauración unos orígenes vagos de la guerra civil que desgajó al autor de su comunidad, parecería que, en el libro, esa política es el primer testimonio que tiene el sujeto de las reacciones sociales en que no rige la fraternidad” (p. 490). No obstante, ello permite el establecimiento de una oposición entre el mundo representado por esta memoria e imaginación y el mundo actual, sea el del tiempo de Dieste o el de nuestra instancia lectora presente.

En la novela *2666* (2004), de Roberto Bolaño, el profesor universitario chileno Óscar Amalfitano, siguiendo el ejemplo de Marcel Duchamp, cuelga de un tendedero de su patio el *Testamento geométrico* (1955) de Dieste con la pretensión de “dejar un libro de geometría colgado a la intemperie para ver si aprende cuatro cosas de la vida real”, idea que no sería difícil trasladar a las peculiaridades de esta otra rareza que constituye *Historias e invenciones de Félix Muriel*, acaso para comprobar que la geometría de este ser melancólico y amable constituye la mejor lección ante la intemperie de la realidad. Con justificada fascinación y a partir asimismo de otro libro, *Nuevo tratado*

del paralelismo (1953), de semejantes extrañeza y temática, César Andrés Núñez concluye su estudio evocando las aspiraciones del Dieste escritor. Sus exigencias hacia los lectores de su tiempo y del futuro parten de “cosas que no cuestan nada. Un poco de cortesía, mejor aún de amistad. Un brindis alegre si finalmente hubiese acertado algo” (p. 496). Y sin duda las páginas de este libro nos confirman el acierto excepcional de Dieste, nos acercan a esa patria lejana del pasado que construida mediante la memoria entrañable y la imaginación crítica, sigue convidándonos al brindis de la amistad lectora y a la alegría de la buena literatura.

JOSÉ RAMÓN LÓPEZ GARCÍA
GEXEL-CEFID-Universitat Autònoma de Barcelona